

ANDREA LONGARELA

· NEÏRA ·

AMOR  
SE ESCRIBE  
CON H

Y OTRAS MANERAS DE  
DECIRTE QUE TE QUIERO

*Amor se escribe con H  
y otras maneras  
de decirte que te quiero*

Andrea Longarela (Neira)

© Andrea Longarela, 2018  
© Editorial Planeta, S. A., 2018  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.esenciaeditorial.com](http://www.esenciaeditorial.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

© Imagen de la cubierta: Fresnel – Shutterstock  
© fotografía de la autora: archivo de la autora

Primera edición: enero de 2018  
ISBN: 978-84-08-17924-5  
Depósito legal: B. 28.271-2017  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella  
*Printed in Spain* - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



## *Un corazón suicida I*

Supongo que todo pasa por algo, hasta lo malo.

Mi tía Helen dice que el destino es para perdedores, que sólo es una excusa para los que no quieren responsabilizarse de sus actos y que, por eso, incluso las personas que creen en él miran a los dos lados antes de cruzar una calle. Es una mujer sabia, a pesar de que esa célebre frase de Stephen Hawking la leyó en una galleta de la fortuna, en las que cree fervientemente y de forma ilógica. Una mujer también contradictoria, como lo somos todos en mayor o menor medida.

Yo no sé si creo en el destino o no, pero en lo que sí creo es en la capacidad de las personas para cagarla una y otra vez, para negarse sus sentimientos y para desviarse del camino, aunque el destino o lo que sea se empeñe en insistir, mediante señales más o menos luminosas, en que ésa no es la dirección correcta.

Podría echarle la culpa de una parte enorme de mi vida creada a partir de decisiones erróneas a una fuerza mayor que mueve el mundo, a alguien que se encuentre allí arriba jugando a ser titiritero con los simples mortales, o a la creencia de que soy el personaje principal de un reality show como en *El show de Truman*, y que cada uno de mis pasos está decidido de antemano, pero soy lo suficientemente inteligente como para saber que al final siempre todo ha dependido de mí y de mi incapacidad para pensar antes de actuar. Y lo bastante lista como para ser consciente de que, a veces, sentir no lo es todo, en especial cuando conlleva riesgos. Y quizá he madurado más de lo que creo como para aceptar que siendo bastante idiota; sí, eso también lo he asimilado hace tiempo y no tiene nada que ver con el destino.

El caso es que me he pasado la vida soñando con vivir una historia de amor; con sentirme amada, puestos a elegir, por un macizo de sonrisa y culo de infarto, y pasar con él por todas esas

fases que ahora me parecen tan absurdas, por las que lo hace la protagonista de cualquier cuento. El flechazo, montar de su mano en una montaña rusa de sentimientos, en la declaración de amor de película y en la boda, los niños y la vida idílica de ensueño.

Sí, yo soñaba con que un caballero de brillante armadura me cogiera en brazos y me jurase amor eterno en cuanto me viera, a poder ser delante de medio planeta, y que me hiciese vivir en una nube esponjosa para el resto de mis días de la que nada ni nadie pudiera hacerme bajar.

Sin embargo, la triste realidad es que estoy contando esta historia tumbada en el suelo de un cuarto medio vacío, con una camiseta manchada de chocolate que me llega por debajo de los muslos y en bragas. Y no bonitas, sino de esas que te da vergüenza tender a la vista de los vecinos. Como compulsivamente pasteles de hace tres días y suena de fondo y en bucle *Chasing Cars*, de Snow Patrol, y no, no es una banda sonora elegida al azar, sino que tiene un significado, como todo lo que me rodea en este instante.

De vez en cuando cojo la hoja, ya bastante arrugada, que descansa a mi lado sobre el suelo de madera, y leo el título que escribí hace unos meses:

*El amor*, por Eva Galván.

Debajo, un montón de líneas escritas con la emoción desmedida del que conoce dicho sentimiento y cree en él. Las escribí hace mucho, pero ahora están tachadas con un rotulador rojo, como si fuese uno de los exámenes corregidos de mi época de mala estudiante. Una idea que en su día me llenó de ilusión y que en este momento sólo me produce náuseas.

«¿Qué es el amor?», me pregunto. Y por primera vez en mi vida no sé contestar. En vez de eso, me limito a recordar. Cojo un nuevo pastel de hojaldre y alzo el brazo sobre mi cabeza, jugueteando con una fina cadena dorada entre los dedos; los rayos del sol de enero se reflejan en el colgante diminuto que la adorna, haciéndolo brillar más que nunca y transportándome a un pasado que podría haber sido presente y que ahora forma parte del recuerdo, de esos «¿qué hubiera pasado si...?» que siempre cargamos a la espalda como si de pesadas losas se tratase.

Su forma estrellada revive en mi piel la mezcla de sensaciones compartidas entre unos ojos de color verde incierto, una azotea y el aroma de eso a lo que debería oler el resto de mi vida...

Cierro el puño y lo guardo en él; al apretar, la cadena me hace daño en la piel, pero focalizarlo ahí me hace dejar de sentirlo por unos instantes dentro del pecho.

Me siento junto a la ventana, sobre una áspera manta, con las piernas cruzadas y con el corazón en la garganta, a punto de salir y de lanzarse al vacío por la ventana abierta de un sexto piso que no reconozco como mío.



*Reírme de tí nada más conocerte.  
Y he dicho de tí, no contigo*

Abrí los ojos un jueves sin saber que esa mañana iba a cambiar mi vida. Y no hablo de que me fuera a tocar la lotería ni de que fuesen a ascenderme en el trabajo, ni siquiera de que el hombre de mis sueños me fuese a pedir matrimonio metiendo un anillo en un trozo de pastel y cuyo pedrusco acabaría con total seguridad en mi estómago. No. Hablo de cambiar la vida en el sentido de que ésta deja de ir por la senda tranquila y serena por la que hasta entonces me llevaba, para bifurcarse por otro camino, hacia uno más pedregoso, pero mucho más bonito, estimulante y novedoso. Como quien se desvía por un atajo en una excursión programada y descubre un paisaje de cuento escondido entre frondosa vegetación, cascada y duendecillos del bosque incluidos. A ese tipo de cambio me refiero. Un cambio que suponía nuevas sensaciones, nuevos aprendizajes, pero también un suelo escarpado y resbaladizo en el que sostenerme, y yo nunca había sido conocida precisamente por ser poseedora de habilidades en esos terrenos...

Así que aquel día me levanté, ignorando el giro que el futuro inmediato me tenía preparado, después de dar manotazos al despertador hasta que acabó en el suelo, llevándose de paso un tirón que hizo que la clavija se saliera del enchufe, impidiéndole sonar por quinta vez. Siempre lo ponía media hora antes de cuando tenía que levantarme y luego sonaba cada cinco minutos exactos, porque tenía activada la opción de alarma repetitiva. Abrí los ojos, miré el reloj y maldije en voz alta mientras salía corriendo en dirección a la ducha; ya llegaba tarde.

Era jueves, lo que suponía que Borja estaría toda la mañana en la clínica; era el director del centro de la tercera edad donde yo llevaba tres años trabajando como animadora sociocultural. Algo

así como el jefe del cotarro, al que todos debíamos hacerle la pelota si no queríamos represalias y mantener nuestro puesto de trabajo. Los jueves los dedicaba al papeleo, así que no salía de su despacho a no ser que fuese por causa mayor.

Me duché, me apliqué crema por todo el cuerpo y mi perfume favorito en zonas estrictamente necesarias para cumplir mi objetivo con éxito, me sequé el pelo con el difusor para marcar un poco mis ondas naturales y me puse la ropa que había dejado preparada con todo cuidado el día anterior sobre la butaca de mi habitación. Conjunto de lencería en negro, medias con ligero, vestido granate de punto hasta la rodilla y botas negras con un poco de cuña. Me maquillé lo justo para no desentonar en el curro y que las arpías que tenía como compañeras me llamaran *furcia* más de lo que ya lo hacían, cogí el abrigo, el bolso y, mordiendo una palmerita de chocolate, salí de casa y pulsé el botón del ascensor.

Tres minutos después, lancé un grito psicótico por el hueco de la escalera reclamando el ascensor, y un señor muy simpático que trabajaba en una empresa de mudanzas me dijo que bajara mi culo gordo por la escalera, que tenían el ascensor inutilizado porque se les había quedado atrapada una cajonera que ni entraba ni salía. No dijo *gordo*, en realidad lo que gritó fue que una señorita joven y lozana como yo seguramente podría bajar andando una escalerita de nada sin riesgo de infarto, pero yo lo sentí en mis carnes como si hubiera dicho algo peor. Suspiré hondo y bajé los cinco pisos bufando y odiando al que parecía que iba a convertirse de forma inminente en mi nuevo vecino; les dediqué mi mirada de «te perdono la vida, pero sólo porque yo quiero» a los de las mudanzas, ellos la ignoraron y salí del edificio en dirección al trabajo.

Dos minutos más tarde, caminaba por los jardines de la residencia.

Sí, cuando conseguí el trabajo me mudé al edificio de enfrente, porque soy vaga y justo en la misma calle alquilaban una habitación en un ático monísimo, así que allí que me planté y desde entonces comencé a compartir piso con la hija de Satán en la Tierra, llamada Astrid por sus seres queridos.



Supongo que, incluso con la perra infernal de Astrid, era feliz. Qué coño, claro que era feliz. Feliz de la muerte, además. Feliz de dar asco. Disfrutaba de mi propia independencia a los veinticuatro años (y teniendo en cuenta la crisis que traía por la calle de la amargura a casi todos los jóvenes de mi edad por no encontrar trabajo, no estaba nada mal), tele por cable, una amiga de las de verdad, que sería capaz de acabar detenida por mí en caso de necesidad, y otra que nos pagaría la fianza a ambas sin dudarlo, una hermana pequeña que me seguía idolatrando a pesar de los años transcurridos y también a pesar de conocer todas mis taras, un trabajo que me encantaba y una talla treinta y seis de pantalón. Vale, una treinta y ocho. A veces la cuarenta, sobre todo después de Navidad. Pero los pantalones «cagados» me sentaban mejor que a nadie que haya conocido jamás de los jamases, y eso es algo de lo que sentirse orgullosa.

Pues eso, que era feliz; tenía una vida que me encantaba y que me llenaba, porque al final ese sentimiento de plenitud es lo más esencial para poder decir que las cosas te van como deberían irte. Aunque quizá, con el tiempo, te des cuenta de que estabas equivocada y de que es demasiado fácil confundir la plenitud con el vacío.

Raíces era un complejo residencial gigantesco. Se tardaba cinco minutos de reloj en entrar en el edificio desde que se cruzaba la verja que lo separaba del exterior, otro motivo de peso para haberme mudado al edificio de enfrente. Era privado y con todas las comodidades posibles, lo que significa que estaba destinado a personas con un poder adquisitivo elevado, aunque cada año la residencia cedía veinte plazas de carácter subvencionado a las que accedían ancianos sin recursos. Resumiendo, era como un hotel para abuelos pijos. Y a mí, como ya he dicho, me encantaba mi trabajo, a pesar de que parte de la plantilla no valoraba la importancia de mi labor como me merecía.

Saludé a los compañeros con los que me iba cruzando con una sonrisa, a veces falsa y a veces sincera, según el destinatario, y abrí la puerta de la sala de personal. Dejé mi bolso en la taquilla que me correspondía y, después de ponerme la bata, salí con intención de empezar una productiva jornada laboral.

Mi trabajo consistía, básicamente, en hacer que los usuarios de la residencia fueran un poquito más felices. Llevábamos a cabo actividades, siempre grupales, como talleres de manualidades, lecturas conjuntas, jugábamos al bingo los jueves y bailábamos los viernes, tareas al parecer sencillas y prescindibles para algunos de mis compañeros de plantilla, que se creían superiores a mí por haber estudiado una carrera «de verdad», como Medicina o Fisioterapia. Yo me pasaba el día con rotuladores en las manos y manchas de pintura en la cara, pero hacía sonreír a los ancianos y a muchos olvidarse por unas horas de sus dolores, de su soledad o del inminente final que cada día estaba más cerca. Adoraba mi trabajo.

★ ★ ★

—El cuarenta y siete.

Mi voz, con el tono automatizado que siempre usaba cuando era día de bingo, resonó en toda la sala. Carraspeé y saqué una nueva bola, pero antes de leer el número que aparecía, miré a Marcela con una media sonrisa.

—Marcela, no le robes las fichas a Pedro.

Observé cómo, ignorando mi advertencia, una octogenaria con tendencias cleptómanas le quitaba tres fichas a su marido desde hacía sesenta y dos años y se las metía en el bolsillo de la blusa. El pobre Pedro ni se inmutó, pero intuí que eso se debía a que había vuelto a perder las gafas y no veía ni torta sin ellas. De hecho, me pareció que creía estar jugando a los barcos en vez de al bingo, como hacíamos cada jueves.

—El cincuenta y dos.

—¡¡¡Bingo!!! —gritó Luis por tercera vez desde que había empezado la partida.

—Luis, cielo —le dije con dulzura—, es imposible que tengas bingo, sólo llevamos quince números y te he visto marcar únicamente dos casillas.

Le guiñé un ojo y el muy canalla se partió de risa. Era su broma favorita; ésa y la de esconderles las gafas a sus compañeros.

—El ochenta y uno.

De repente se oyó un golpe seco. Era la cabeza de Ramiro contra la mesa, que se había vuelto a quedar dormido, como cada día, y todas sus fichas salieron volando como pequeñas pulgas de color rojo. Marcela estuvo rápida y robó todas las que pudo antes de que ninguno de sus compañeros se diera cuenta de lo que había ocurrido.

Seguí recitando números y así pasamos un par de horas, durante las cuales Luis gritó bingo otras tres veces, Marcela escondió un alijo de fichas considerable en su escote y a Pedro, de manera inexplicable, le hundimos dos de sus tres barcos y lo dejamos ofuscado, porque siempre perdía. «Una conspiración en mi contra», decía. Yo intentaba explicarle que nunca jugábamos a los barcos, así que eso era imposible, pero según él yo era la cabecilla de todos y no había quien lo sacase de ahí. En su defensa tengo que decir que sufría paranoias como consecuencia de una demencia severa y que no era la primera vez que me consideraba la cabecilla de alguna cruzada en la residencia, así que entendía sus conflictos.

Aquel día, cuando terminamos, recogí el material con nerviosismo, recuperé todas las fichas de Marcela y me dirigí a la sala de personal con la intención de asearme un poco. Sin embargo, antes de entrar, hice lo de todos los días: me acerqué a Vicente, mi ojito derecho de la residencia (pese a que esto lo negaré frente a cualquier juez durante el resto de mi vida) y le pregunté el parte del día, siguiendo así con nuestro particular juego, aunque lamentando decir que para él en realidad no era tan juego y sí su vida desde hacía unos años.

—Capitán, cuaderno de bitácora, por favor.

Se lo dije con firmeza y con un saludo militar, y su voz profunda, varonil y con la capacidad de calmar, como el movimiento lento de su adorado mar, me envolvió y me disolvió un poco los nervios que me anudaban el estómago.

—Lunes, dos de marzo de mil novecientos sesenta y siete. El jefezo ha entrado en su cueva a primera hora y no ha salido en toda la mañana hasta hace unos minutos, cuando lo he visto dirigirse a recepción. Las cacatúas están tomando café desde hace un

rato —me mordí el labio al oír cómo llamaba al grupo de enfermeras y auxiliares, con las que yo nunca había hecho buenas migas— y su compañera de fatigas aún no ha subido de las calderas.

—Gracias, mi capitán.

—Que pase un buen día, grumete.

Le di un beso en el cogote y corrí, evitando miradas curiosas que pudieran desbaratar mi plan, hacia el despacho del jefe, como lo llamaba Vicente.

Vicente, capitán de barco durante treinta años hasta que se jubiló, enviudó y acabó en la residencia como consecuencia de un comienzo de alzheimer para el que su único hijo no estaba preparado. Teniendo en cuenta que éste vivía de la fortuna de su padre y llevaba dos años sin visitarlo, el odio que yo le tenía estaba más que justificado. Sobre todo, porque Vicente era la persona más amable y que menos incordiaba de toda la residencia.

Casi toda la plantilla los trataba como pacientes, pero yo no. Yo curioseaba en su propia historia e intentaba que, para ellos, aquel lugar no fuera frío y aséptico, sino lo más parecido posible a un hogar. Igual que con Vicente, con el que cada día hacía lo mismo, tratarlo como el capitán de barco que seguiría siendo hasta su último aliento, y él, por unos minutos, era realmente feliz volviéndose a sentir como esa figura de respeto y admiración que un día fue.

★ ★ ★

Borja Velasco, director general.

Frente a la puerta del despacho, leí la placa en la que se anunciaba su nombre con letras doradas, como hacía cada vez que entraba allí, y respiré hondo antes de abrirla.

Borja Velasco tenía cuarenta años y llevaba trabajando en el sector de la geriatría toda su vida. Comenzó desde abajo, como casi todo el mundo que no cuenta con un padrino, pero gracias a su inteligencia, a su ambición, a su don de gentes y a un atractivo envidiable, había conseguido ir subiendo escalones hasta encontrarse en la cúspide de su pequeño reino. La residencia no era suya, pero como si lo fuese, porque él allí hacía y deshacía a su

antojo y, mientras las cuentas cuadraran y todo marchara como debía, los de arriba no se inmiscuían en su labor. Y lo mejor de todo era que aún era lo bastante joven como para que su carrera no se hubiera acabado. Era la envidia de muchos de los que trabajaban allí, de entrada y quedándonos sólo en la superficie, y el hombre que todas las madres querrían como futuro marido para sus hijas.

Su despacho era grande, aunque no como los que salen en las películas, que son del tamaño de mi salón, con grandes ventanas, cuarto de baño propio y si me apuras jacuzzi, pero sí lo bastante amplio como para concluir de inmediato que quien lo ocupaba era alguien importante en el edificio. Era luminoso, con muebles cromados en negro y un archivador rojo que le daba un toque moderno y juvenil. Estanterías llenas de carpetas y libros de cuentas; ordenador, teléfono, más papeles encima de la mesa y un equipo de música en un lateral, lo único realmente suyo de aquella estancia. Siempre trabajaba con música de fondo, excepto cuando estaba reunido, y ésa era una de las cosas que más me llamaban la atención de él.

Entré, no sin comprobar que no hubiera moros en la costa, y, en cuanto cerré la puerta, bajé el estor metálico de color gris y encendí la lamparita de su mesa. Para ser un entorno bastante frío, la calidez de la penumbra era perfecta. Encendí el equipo de música y lo puse muy bajito, pero con el suficiente volumen para que los acordes de *Heroes*, de David Bowie, inundaran la sala. Recogí los trastos del escritorio con mucho cuidado; hice una pila con los documentos y los coloqué en el primer cajón con delicadeza, porque no quería que mi atrevimiento lo perjudicase en el trabajo. Me quité la bata y el vestido y los colgué en el perchero de detrás de la puerta. Observé mi reflejo en el cristal de una de las láminas motivacionales que decoraban la habitación y sonreí satisfecha. Me encantaba cómo me sentaba aquel conjunto de lencería. Me dejé las botas, porque a él le gustaba mucho que lo hiciéramos sin quitarme los zapatos, un fetichismo como otro cualquiera, supongo. Me ahuequé la melena castaña corta con los dedos y me tumbé sobre la mesa con el corazón a mil por hora y

la adrenalina, a la que me estaba haciendo adicta desde que esa historia comenzó, corriéndome sin control por las venas.

Oí unos pasos por el pasillo y sonreí, porque supe que se trataba de Borja. Conocía tanto ese sonido que mi cuerpo respondía humedeciéndose en el acto, como un perro de Pavlov que salivara; una perra en celo, en mi caso. Me puse de lado, con la cabeza apoyada en la palma de la mano, incorporando así mi torso un poco y dándole una visión de mi delantera que yo creía que era de lo más seductora. Estiré una pierna y la otra la dejé doblada. Me sentía como una versión moderna de *La maja desnuda*; sexy, hermosa y atrevida. Y el poder que siempre desprende la anticipación me mantenía permanentemente excitada.

Los pasos se acercaron y oí cómo una mano sujetaba el pica-  
porte por el otro lado; suspiré hondo y me preparé para regalarle la mejor de mis sonrisas. La puerta se abrió, el aire del exterior golpeó contra mi piel casi desnuda y se me puso la carne de gallina. Un brazo, una mano varonil y la manga de un jersey de color camel. Mi sonrisa pícara comenzó a transformarse en una expresión de perplejidad, porque Borja siempre vestía con traje en el trabajo y me extrañaba que se hubiese puesto una prenda tan informal, y se desencajó del todo cuando me encontré frente a un hombre al que no había visto en toda mi vida. Él frenó en seco, abrió la boca y los ojos de una forma tan exagerada que me resultó hasta cómica; después me recorrió de arriba abajo con inquietud y miró a ambos lados con impaciencia.

—¡Espérame en el despacho y ponte cómodo! ¡En un segundo estoy contigo, voy por un café!

La voz de Borja se oyó en la lejanía y a mí se me paró el corazón cuando fui consciente de la situación: estaba casi desnuda frente a un tío que no era Borja. Quien, por otra parte, era mi jefe y aquél mi lugar de trabajo; un trabajo que me encantaba y que tenía que durarme mucho tiempo si quería poder seguir pagando las facturas y no verme obligada a volver a casa de mis padres. Mi hermana Carla estaba en lo cierto cuando me decía que estaba completamente loca por haberme liado con la única persona que podía ponerme de patitas en la calle con sólo chasquear los dedos.

De repente recordé su voz aguda y comencé a hiperventilar.

—Eva, ¿estás zumbada? Una mala mamada y te vuelves a la cola del paro.

Enfoqué de nuevo la vista al frente y el desconocido y yo intercambiamos una mirada rápida y asustada. La causa de mi susto era obvia, ya que me había montado una película en mi cabeza en segundos, en la que la protagonista, o sea yo, les explicaba a sus padres con las maletas en la mano que la habían echado del trabajo por depravada sexual, quizá incluso con una demanda por acoso bajo el brazo; porque Borja adoraba que le diera sorpresitas como ésa, pero si su puesto podía correr peligro, ya nada más le importaría y era capaz de darme la patada él mismo sin ninguna delicadeza. Yo lo sabía bien desde un principio y lo había aceptado. Sí, quizá Carla estuviera en lo cierto y necesitaba una terapia urgente. O una lobotomía, porque era posible que Borja y su movimiento de cadera me tuvieran un poco sorbido el cerebro.

La cara de susto del desconocido no la comprendía demasiado bien, aunque supuse que quizá tenía delante a una buena persona que no quería meter en líos a una tarada que se ofrecía en la mesa del jefe como si fuera el almuerzo. Me faltaba la manzana en la boca para ser una auténtica gocha. Pero ¿en qué estaría pensando para haber acabado allí encima?

Tragó saliva y me miró con ojos interrogantes, mientras mantenía la puerta sujeta sin abrirla del todo; vigilaba a Borja, que ahora sí se acercaba poco a poco, al tiempo que hablaba con él sobre no sé qué memeces de un contrato. El desconocido se volvió, bloqueando la entrada con el cuerpo, contestándole a Borja y dejándome unos segundos más para reaccionar antes de que los dos entraran en el cuarto.

Pero ¿reaccionar cómo? Ni de coña me daba tiempo a vestirme. Miré el archivador rojo. ¿Podría meterme dentro a lo contorcionista? No sin trocearme como un pollo. La ventana quedaba descartada, porque estábamos en un segundo piso y yo de Spiderman, poco. Entonces... ¿qué fue lo que hice? Pues me dejé caer rodando sobre la mesa hacia atrás en el mismo momento en que Borja palmeaba la espalda de mi compinche y entraba en su des-

pacho. Y allí me quedé, agachada durante el minuto más largo de mi vida, en ropa interior, escondida bajo la mesa de mi jefe y rezando a los dioses que mantienen a salvo a las chicas estúpidas como yo para que Borja no me descubriese delante de aquel desconocido y se viese en la encrucijada de tener que despedirme, a pesar de que hacíamos aquello cada jueves desde hacía un año. No la croqueta sobre su mesa, sino lo de fornicar como animales en horario laboral.

¿Qué fue lo que ocurrió? Pues que el desconocido fingió un apretón urgente y Borja lo acompañó preocupado para indicarle dónde estaban los servicios más cercanos. Simuló encontrarse mal de un modo tan convincente que estuve a punto de levantarme y aplaudir. Por suerte, mi escaso sentido común dio la voz de alarma y no lo hice, sino que me mantuve quietecita hasta que oí los pasos de ambos alejándose del despacho.

Lo que no pude evitar hacer cuando la puerta se cerró fue dejar escapar todo el aire contenido y empezar a lloriquear. Me incorporé tan deprisa que me di con la cabeza contra el borde de la mesa y volví a soltar un gemido. Después me acordé de que seguía prácticamente en bolas, así que me levanté, me vestí a velocidad supersónica y, cuando estaba a punto de salir escopetada de allí, la puerta se abrió de nuevo y me encontré con la preciosa sonrisa de Borja. Era como la de los anuncios de dentífrico, blanca, brillante y muy convincente para lo que quisiera que se propusiese.

—Ei, mi chica preferida. No te esperaba hoy, se me olvidó comentarte que estaría ocupado toda la mañana.

Cerró la puerta, pestillo incluido, y me agarró por el culo sin miramientos.

—Ya me iba Borja, se me acaba el descanso y aún tengo que hacer pis.

—Mmm... —Arrimó su cuerpo al mío y su erección me dejó claro que yo no me iba de allí sin dejarla jugar un rato en mi patio de recreo—. Quédate, seremos rápidos. Además, me pillas de milagro. Tenía una reunión, pero mi acompañante se ha puesto malo y la he pospuesto hasta dentro de veinte minutos. Aprovechemos este regalo de tiempo en algo productivo...



Me lamió el cuello y yo puse los ojos en blanco. Me encantaba. Me volvía loca. Me hacía sentir una auténtica salida cada vez que me tocaba y me olvidaba hasta de mi nombre.

—Tengo que volver al trabajo... —dije, intentando zafarme de sus pérfidas garras.

—Soy el jefe y no hay más que hablar. Es una orden.

Me cogió en volandas y me sentó sobre su mesa, con el vestido remangado por las caderas. Bufó cuando me vio el liguero y yo supe que estaba perdida. Que era fácil cuando se trataba de él. Que mi cerebro había vuelto a borrar por qué seguir con ese juego no estaba bien y había iluminado la zona en la que mis hormonas gritaban fuera de sí que lo que venía a continuación me iba a gustar tanto que todo merecía la pena. Podía imaginármelas hasta con cartelitos con mensajes del tipo Borja is the best y con los pompones al aire. Menudas traidoras. Las odiaba, porque me hacían perder el control y también porque, para justificarme, me hacían recordar que en realidad aquello no era sólo sexo, o al menos no lo era para mí.

—Conque ésas tenemos, ¿eh? Pues he sido muy mala, jefe... —le susurré, mordiéndome el labio y tirando de su corbata hacia mí.

Me encantaba que llevara corbata. Y me gustaba más aún quitársela.

—Jovencita, tendremos que abrirle un parte disciplinario, me temo.

Se lanzó a mi boca y me devoró, y ya podría haberme pedido que doblara turno hasta el fin de mis días, que hubiese accedido, porque me tenía donde quería. Y así, olvidando lo que me acababa de ocurrir hacía apenas cinco minutos, volví a desnudarme sobre la mesa, pero esa vez lo hice del todo, mientras sus manos me recorrían entera y de un modo experto, y acabé mordiéndole el hombro con fuerza para no gritar.

Puede parecer que estaba totalmente loca por tirarme al jefe en horario de trabajo, pero en realidad era sencillo, ya que el despacho de Borja se encontraba en una zona bastante apartada del edificio, donde era difícil cruzarse con nadie, igual que lo era que alguien me echara en falta a mí durante el tiempo que duraba mi

descanso. Aun así, sí, el primer día que ocurrió no fue la mejor idea de mi vida, pero estaba loca por él y el amor es ciego, sordo y un montón de cosas más que nos hacen actuar como imbéciles sin ser demasiado conscientes de lo que implican nuestros actos.

Al terminar, giré la cabeza a la derecha y las vi. La foto de su mujer y de sus dos hijas. Tan rubias las tres, tan monas las pequeñas, tan estilizada ella. Con las tetas tan bien puestas y con un vestido de Chanel. Tan guapa que me daba rabia. Para ser honesta, ya estaban en trámites de divorcio, pero la culpabilidad me azotaba de igual modo, aunque el infiel fuera él y yo no tuviese ningún compromiso con nadie. No obstante, no podía olvidarme: cada vez que terminábamos y volvíamos a la vida real fuera de aquel despacho, era ella la que dormía a su lado cada noche y no yo. Y quizá fuese verdad que ya no compartían cama desde hacía meses y que él se acostaba en el cuarto de invitados, pero sí seguían compartiendo su vida, aunque fuese por las niñas, y yo no era más que un juguete para Borja.

Tal vez sí estuviera más loca de lo que me creía.

—Buff... Eva... me encanta que me des estas sorpresas. Me alegras el día.

Y yo pensé que si hubiera visto cuál era la verdadera sorpresa, me habría hecho hasta la ola sin manos. Sin embargo, no se lo conté porque, después de haberse desahogado, habría retomado su fachada de hombre responsable y la bronca habría estado asegurada por ser yo una inconsciente capaz de hacer cosas como ésa. Y lo era; hasta tal punto me tenía enganchada a esa aventura sin demasiado sentido que nos traíamos entre manos desde hacía ya un año.

Me bajé de la mesa y recuperé mis bragas, que colgaban de la esquina de uno de los libros de su estantería. Me puse el sujetador, el vestido y, cuando iba a ponerme las braguitas, alguien llamó a la puerta. Miré a Borja, que se estaba metiendo la camisa por dentro del pantalón con aquella tranquilidad que lo caracterizaba, como si no acabáramos de echar un polvo en horario de trabajo y cupiera la posibilidad de que quien se encontrara al otro lado pudiese sospechar algo al respecto. Siempre tenía esa actitud tan imperturbable, como si fuese capaz de mantenerlo

todo bajo control. Yo pensaba que era una fachada que se había construido a lo largo de los años y que en algunos aspectos de su vida era humano como todos los demás y no una especie de robot con la cara de un muñeco Ken. Tenía la esperanza de que en el fondo tuviera dudas, miedo y algo que se le escapaba sin remedio en toda esa historia que compartíamos. O a lo mejor sólo era mi modo de defensa para no asumir que, cuando se trataba de mí, Borja pasaba de todo lo que no supusiera abrirme de piernas.

Me arreglé el pelo y, cuando se abrió la puerta, me encontré con los mismos ojos claros que antes habían recorrido mi cuerpo expuesto sobre la mesa. Lo que ocurrió fue que esa vez se dirigieron a mi mano, donde mis braguitas de encaje negro ondeaban como una bandera sin que yo me hubiese dado cuenta de que seguían entre mis dedos y no en el lugar donde deberían estar.

—¿Te encuentras mejor? Pasa, pasa. Eva ya se iba.

Agaché la cabeza, me metí las braguitas en un bolsillo de la bata con disimulo y salí todo lo deprisa que pude sin mirar a ninguno de los dos. Estaba avergonzada, yo, que de vergüenza siempre he andado escasa, pero es que era lo más surrealista que me había ocurrido en la vida hasta la fecha.

Al llegar a la sala principal, Irene, o mi compañera de fatigas como la llamaba Vicente, me abordó con una ceja arqueada.

—¿Dónde estabas? Llevo un rato esperándote.

Irene era a la única persona que allí podía llamar *amiga* de verdad tras los tres años que llevaba trabajando en la residencia. Ella era ayudante en las cocinas y, después de la primera cena de Navidad a la que asistí, nos hicimos íntimas. Es lo que tiene el orujo cuando encuentras a una persona a la que le gusta lo mismo que a ti, que une irremediablemente. Eso y compartir un secreto, porque era la única que sabía lo mío con Borja; se lo conté al poco de conocerla, porque enseguida me transmitió confianza. Bueno, y porque me pilló un jueves recorriendo los pasillos con una, según ella, más que evidente cara de recién follada y una tira del sujetador asomándose por una manga. Allí dentro apenas nos veíamos, por la diferencia de horarios, pero Irene siempre pasaba a cotillear un rato conmigo al entrar o salir de su turno.

Le hice una seña bastante significativa entre nosotras, me agarró del brazo y no me soltó hasta que estuvimos encerradas en un armario escobero.

—Desembucha.

—¿Era necesario meternos aquí? —pregunté, arrugando la nariz por el fuerte olor a desinfectante.

—Sí, tus niños te esperan y los baños están demasiado lejos. Hazme un resumen conciso de los tuyos.

Sonreí al oírla referirse a los ancianos como *mis niños* y le resumí a nuestra manera lo que había ocurrido. Ella me miraba con sus ojillos castaños muy vivos, esperando el relato de mi último encuentro con Borja.

—Sobre la mesa. Rol de jefe y empleada sancionada. Yo primero y él después, diciendo «has sido muy mala». Ah, y voy sin bragas. —Las saqué del bolsillo y me las puse en un segundo—. ¿Algo más?

—Ainsss... cómo te envidio.

Siempre me decía lo mismo, porque llevaba toda la vida con su marido y disfrutaba fantaseando que era ella y no yo la protagonista de las historias que le contaba. De lo que no se daba cuenta era de que en realidad cualquier persona la envidiaría a ella, porque tenían una relación idílica, esa que yo deseaba desde niña. Eran tan monos que elevaban el amor a una categoría superior, de esas parejas que irradian algo especial y que sabes que son para siempre. Y rara vez algo es para siempre, por mucho que lo busquemos.

Irene me dio un beso, abrió la puerta y se largó sin más, dejándome unos segundos pensativa, rodeada de mochos y productos de limpieza. Ni siquiera pude contarle lo que me había ocurrido con aquel desconocido. Aunque por una parte era mejor olvidarlo. Mucho mejor, sin duda.

La mañana siguió su curso con normalidad, hasta que llegó el cambio de turno, cuando Borja salió de su madriguera con cara de cansado y nos pidió que nos reuniéramos todos en la sala de personal antes de irnos a casa. Rara vez hacía eso, así que supuse que era algo importante.

De repente me entró el pánico al pensar que quizá aquel desconocido se había chivado y ahora Borja iba a dejarme en ridículo delante de mis compañeros, como un modo de demostrarles a los demás lo que ocurría si te propasabas con algún miembro de la plantilla. Como yo con el suyo. Con su miembro, quiero decir. Me entró la risa floja al imaginarme que gritaba entre sollozos que su entrepierna ya me conocía demasiado bien como para andar-nos con remilgos.

Qué ingeniosa me creía cuando se me ocurrían chorradas como ésa...

Cuando llegamos allí, ya no había ni un alma. Entre enfermeros, médicos, el personal de limpieza, cocinas, mantenimiento... éramos unos treinta y sólo en ese turno. Dejé de inventarme situaciones surrealistas, porque me negaba a creer que hacer algo así fuese legal en primer lugar y, en segundo, que Borja no me tuviese ni un poquito de cariño, y decidí ignorar el que seguramente sería alguno de sus sermones sobre trabajo en equipo y productividad, hasta que nos dejara marcharnos, yo llegara a casa y pudiera tirarme en el sofá con una bolsa de patatas. De esas onduladas que tienen un toque de mostaza. Quizá también le diera caña al bote de pepinillos. ¡Bendito sea el que inventó los encurtidos!

Estaba cansada; es lo que tiene una jornada de seis horas, un momento de vergüenza ajena y luego sexo, que agota. De repente, las cotorras de mis compañeras se empezaron a callar y Borja entró en la sala con alguien detrás. Se oyeron suspiros y cuchicheos, en su mayoría femeninos, y me dieron ganas de gritar en plan lunática que se podían morir de envidia, porque era yo la que se lo tiraba, pero un comentario de una de las enfermeras sobre un pelo rizado me hizo fruncir el ceño e intuir que aquellos halagos por una vez no iban dirigidos a mi Borja, porque su pelo era liso y sedoso como el de un príncipe de Disney.

«Mi Borja», qué bien me sonaba.

—Gracias por quedaros, sé que estáis deseando acabar la jornada. Os he reunido aprovechando el cambio de turno para comunicaros que hemos cubierto la plaza de fisioterapeuta que Marga dejó libre hace unas semanas con su jubilación anticipada.

Me puse de puntillas, porque soy bajita y no veía nada más que un mechón del pelo increíblemente brillante de Borja, ese del que me encantaba agarrarme cuando él me dejaba, porque no siempre me lo permitía, ya que era un presumido que odiaba despeinarse y tenía pavor a quedarse calvo antes de los cincuenta, pero de repente mis ojos se encontraron con otros que reconocí en el acto.

Mierda. Merde. Shit. Rahat.

No sabría idiomas, pero cuando se trataba de tacos parecía tener un máster en lenguas del mundo.

Ahí estaba, el desconocido del jersey camel, con aquellos ricitos que mis compañeras habían alabado, devolviéndome la mirada con una media sonrisa extraña en la cara, mientras dejaba que Borja lo presentara al resto del equipo como cuando estábamos en el colegio.

Cuando entré en la residencia había hecho lo mismo conmigo y, al preguntarme con amabilidad si les quería decir algo a mis compañeros, respondí como la Eva de ocho años que supuestamente ya no era.

—Soy Eva, me acabo de mudar y espero hacer muchos amigos aquí. Me gusta ver la tele, salir con mis amigas y comer.

Aquello provocó una carcajada generalizada, porque daba igual la edad que tuvieran, ya que todos menos yo le dieron un doble sentido a eso de comer. Borja incluido, que tiempo después empezó a usar aquella gracia para entrar en materia conmigo y con su pene.

—Va a estar con nosotros a partir de mañana en este turno, así que espero que lo tratéis como un compañero más y que lo ayudemos a integrarse con facilidad. Bienvenido, Hilario.

Casi me ahogué con mi propia saliva.

—¿Qué ha dicho? ¿Se llama Hilario? ¿En serio?

Y yo, que era igual de zopenca que el resto de mis compañeros, si no más, solté entonces una carcajada psicótica, mientras que los mismos que se rieron de mi discurso cuando llegué, se convertían ahora en unas almas caritativas con el nuevo y me miraban mal por mi falta de madurez y de educación.

En realidad, no soy tan tonta como parecí en ese momento,

pero es que habían ocurrido demasiadas cosas desde que me había levantado y tantas emociones generalmente me desbordan, así que esa carcajada fue algo así como una necesidad de desahogarme de algún modo y no de reírme de él. Para ser sincera, fue el hecho de recordar que había hecho la croqueta delante de un tío que se llamaba Hilario hacía un par de horas lo que me llevó al límite. Y nada menos que en bragas, sujetador y liguero; parecía el argumento de una película porno de bajo presupuesto.

Él, Hilario desde ese momento, me dedicó una mirada extraña, descolocado por mi actitud, y se dirigió a su entregado público y al propio Borja con una sonrisa amable y, con la voz más profunda que yo había oído en toda mi vida, dijo:

—Preferiría que me llamarais Hache.

Bienvenido, Hache, bienvenido al infierno.